Olvera
y sus campos

FRANCISCO MARTÍNEZ MORENO

ASOCIACIÓN PARA LA DEFENSA Y PROMOCIÓN DEL PATRIMONIO HISTÓRICO-ARTÍSTICO Y NATURAL DE OLVERA

Ayuntamiento de **Olvera**

fotografías: Francisco Menacho Villalba

Olvera y sus campos

FRANCISCO MARTÍNEZ MORENO

ASOCIACIÓN PARA
LA DEFENSA Y
PROMOCIÓN
DEL PATRIMONIO
HISTÓRICO-ARTÍSTICO
Y NATURAL DE OLVERA

Copyright de la presente edición:
Asociación para la Defensa y Promoción del Patrimonio Histórico-Artístico y Natural de Olvera
C/ Maestro Amado, 15. 11690-Olvera (Cádiz)

Marzo de 2025

Dirección y coordinación:
Francisco Menacho Villalba

Diseño y maquetación:
Ildefonso Troya Salas

Depósito Legal: **SE 634-2025**
Imprime: **Onlineprinters.com**

Francisco Martínez Moreno (1926-1995) es un gran poeta olvereño, desconocido para muchos y al que no se le ha prestado la atención debida. Ha escrito cientos de poemas que abarcan una amplia variedad temática: históricos, amorosos, relacionados con Olvera y su paisaje, de actualidad nacional..., destacando como un gran cronista en versos o de personajes locales.

Su primera y única publicación es *Primeros Acordes: versos de la adolescencia* (Ed. SILAN. Madrid, 1948) con tan sólo 22 años. Los 26 poemas de esta pequeña publicación ya anticipan los temas y las formas que Paco Martínez irá utilizando en años posteriores.

A partir de 1963 es un colaborador fijo de la *Revista de Feria* de Olvera con la publicación de algunos de sus poemas. Igualmente acudía periódicamente a Radio Olvera y a los centros educativos para dar a conocer su poesía.

El 23 de abril de 2024 se le rindió un homenaje público, con motivo del Día del Libro, con la lectura de varios poemas suyos y ese mismo día pero de este año 2025, se va a presentar esta publicación con su lectura por varios olvereños.

La única edición del poema *Olvera y sus campos* es la que aparece en la citada revista local publicada por el Ayuntamiento de Olvera del año 1984, versión que recoge esta publicación.

Este poema coincide plenamente con el fin de la Asociación para la Defensa y Promoción del Patrimonio Histórico, Artístico y Natural de Olvera de dar a conocer el vasto patrimonio olvereño en todas sus facetas para conservarlo y transmitirlo a las futuras generaciones. En estos versos suyos confluyen la historia, la arquitectura, el arte y el medio natural de Olvera.

Olvera y sus campos es un poema de 250 versos, distribuidos en 50 quintetos, que recorren la historia, los monumentos y los campos de Olvera.

Estamos ante una obra de arte en la que Paco Martínez demuestra un gran conocimiento y dominio tanto en la forma como en el contenido. En la forma, con la utilización de una métrica y rima perfecta eligiendo la estrofa más idónea, el quinteto, para enlazar distintas situaciones. Es un virtuoso del lenguaje y su perfeccionismo le lleva a buscar y conseguir el sustantivo y adjetivo ideal para cada ocasión, estando todo el poema lleno de bellísimas metáforas bien para describir un atardecer «*cuando retales de gris hilacha/cuelgan las sombras por el breñal*»... o la descripción de una puesta de sol por la Sierra de las Harinas *«de crestas verdes: doble colina/que besa Febo cuando declina»...,* entre otras muchas.

En cuanto al contenido, estamos ante una profusa descripción del medio físico y natural tanto del núcleo urbano como del entorno paisajístico, en la que el poeta nos invita a hacer un recorrido por los monumentos, calles y rincones, así como los ríos, sierras y paisajes que podemos recorrer partiendo desde Vallehermoso en el Este, hasta la Sierra de Líjar en el Oeste o desde El Salado

en el Norte hasta el Guadalporcún en el Sur. No se trata de un viaje imaginario sino de un recorrido real en el que a la vez que nos muestra el paisaje lo va llenando de contenido con su historia, su toponimia, sus olivos, encinas, chopos, adelfas, trigales y lentiscos, recreándose en la descripción y costumbres de las distintas aves, insectos, peces y demás animales que pueden encontrarse en estos campos.

Esta minuciosa descripción del mundo animal sólo es posible hacerla desde una larga y atenta observación. Paco Martínez quería estudiar Filosofía y Letras (lo que consiguió ya una vez casado y con hijos) y sus familiares le obligaron a estudiar Veterinaria o Derecho lo que le llevó a abandonar los estudios y recluirse durante casi 20 años en la soledad, la paz y el sosiego del antiguo convento de Caños Santos, propiedad de la familia. De este retiro en contacto permanente con la naturaleza le viene la observación del paisaje y el profundo conocimiento de la flora, la fauna, insectos y aves que plasmó de forma tan maravillosa en este poema.

Con esta publicación la Asociación pretende un doble objetivo, por un lado que las personas conocedoras de Olvera y sus alrededores puedan revivir con su lectura aquellos paisajes recorridos en su infancia o juventud con las vivencias personales que les pueda recordar y por otro que los más jóvenes conozcan paisajes y topónimos desconocidos para ellos (Sierra de las Harinas, Cerro de la Camorra, Zaframagón, Zafrapardal, Vallehermoso, Líjar, Salado, Guadalporcún, El Prado, El Duende...) y les incite a visitarlos.

Por otro lado, esta composición lírica tiene una clara vocación didáctica por lo que es ideal para su lectura en los centros educativos de la localidad, ya que abarca gran parte de las materias que los alumnos tienen en su temario.

Desde la Asociación queremos agradecer al Ayuntamiento de Olvera, a la Cooperativa Agrícola Ntra. Sra. de los Remedios y especialmente a la Denominación de Origen Aceites Sierra de Cádiz su apuesta por el patrimonio cultural olvereño y sin cuya colaboración no hubiera sido posible esta publicación.

a José Guerrero Lovillo

Sobre los riscos halló sustento.
Dos centinelas guardan su paz:
bella parroquia, de luz portento;
ocre, macizo, yunque del viento,
castillo moro de tosca faz.

Ambos altivos competidores
con una meta: prevalecer.
Mansión, la una, del rey de amores;
el otro, añora son de tambores,
bélicas pugnas del viejo ayer.

Desde su cima con explanada
—ha nueve siglos firme bastión—
aún con morisca torre almenada,
la vista corre maravillada
por mil parajes de ensoñación:

crestones, lomas, tierras mollares,
sierra de Líjar: negro verdín;
simas, collados con encinares
y, salpicando los olivares,
cal de sus ranchos hasta el confín.

En linda plaza de ambiente ameno:
peña de gradas con un vergel
—blanca figura del *Nazareno,*
que con augusto porte sereno
tiende los brazos al pueblo fiel—.

Entre peladas rocas oscuras,
como trepando, sus calles van
hasta perderse por las alturas...
donde las brisas se tornan puras
y trenza vuelos el gavilán.

Sobre peñascos, muros y parras
—tan sólo tocan en *ri* bemol—
zumba la orquesta de las chicharras;
élitros suenan como guitarras
mientras esplende la luz del sol.

Tras de la cumbre, por sus laderas,
viñas, garrotes con alcacel,
trochas de pitas y de chumberas,
areniscales y torrenteras
donde las cabras forman tropel.

Por El Salado, *sierra de harina*,
con su gredoso perfil de flan
de crestas verdes: doble colina
que besa Febo cuando declina,
yergue su masa como un titán.

Al este, cerro de *La Camorra*,
riscos y breña: vario matiz
donde el lagarto siente modorra,
saltan conejos, fisga la zorra
y reta el macho de la perdiz.

Nidal de buitres en cada grieta,
hacia Coripe... *Zaframagón.*
Guardián adusto de la meseta
finge la mole de su silueta
el corte bronco de un farallón.

A pocas millas —nidal de ensueño
donde el más ciego la verdad ve—
por los olivos surge risueño
el santuario del olvereño:
recinto sacro que obró la fe.

Ante la dulce Virgen bendita
van, pedigüeños de su favor,
quienes soportan acerba cuita,
cuantos le rinden filial visita
los que se juran eterno amor.

Roquero, calvo, sucio gris-plomo,
cerca del monte con su jaral,
extraña peña, digna de un cromo,
al grajo brinda su techo romo
el solitario *Zarzapardal.*

Por *Valle-Hermoso,* bajo del risco,
—naves y celdas cascotes son—
un monasterio de San Francisco
alza su torre, cual obelisco,
en un paisaje sin parangón.

Dos estaciones, de ratas coto,
ilusas sueñan, diez lustros ha,
con el agudo silbo remoto
del tren fantasma, de rumbo ignoto,
que nunca vino... ni llegará.

Raudal furtivo que surca el prado
—en la tormenta ronco turbión—
orla de espumas el arbolado
y cada nuevo chopo dorado...
al viento gime cual un bordón.

Detrás, mocitas cascabeleras:
mirar travieso, morena tez,
piñas sedosas, firmes caderas,
por las burbujas de las chorreras
lucen su grácil esplendidez.

Cerca del vado, viejo molino;
pero sus ejes no danzarán
hilando nieblas de polvo fino,
ni sentiremos su son cansino:
campero heraldo del rico pan.

Huertos cercados tras los bardales,
fresnos, acequias: hondo rumor;
ensayan brincos los recentales
en tanto liba por los rosales
la mariposa multicolor.

En sus orillas verdor sombrío:
ásperos setos de matorral;
blandos bancales de regadío ,
donde, acunado, se briza el río
a los murmullos del carrizal.

Allí —las ranas—, en magno coro,
saltones ojos, lustrosa piel,
dan recitales de croar sonoro,
mientras lunares de fugaz oro
el sol dibuja tras su dosel.

Sobre las hojas de verde caña
donde sus claras telas urdió...
—trémulas redes en la maraña—
chupa, golosa, la gris araña
al abejorro que capturó.

Bajo su concha, senil tortuga,
cerca del sauce flotando está.
Tiende su testa, se desarruga
y se merienda la fofa oruga
que por un brote reptando va.

Patuda mantis *la religiosa*
de luenga capa verde-limón,
sobre los tallos de la mimosa
engulle al macho... ceremoniosa
y degustando cada porción.

Por limpio cauce, rojo cangrejo
el charco ciñe, ¡cristal azul!
y el barbo traza fugaz reflejo
cuando su cola quiebra el espejo
bajo la sombra del abedul.

Cuando las aguas, en brusco giro,
baten las peñas... ¡Trueno veloz!
¡Flauta! por guijas azul zafiro;
entre juncales ¡hondo suspiro!
y en los remansos ¡hilo de voz!

Ornan adelfas los recovecos
entre aluviones y pedregal;
grandes taludes casi resecos
donde recama sus largos flecos,
con abalorios, el retamal.

Mudos barbechos, áureos trigales,
lomas dormidas bajo un alcor;
prados, riberas con naranjales...,
¡Oh los crepúsculos estivales
con las sonatas del ruiseñor!

Miss abubilla —plumaje rico—
airosa, linda, coqueta al fin,
acicalándose con su pico
alterna moño con abanico
cual dama trueca de peluquín.

Aves que forman nubes de luto
van desfilando: torvo clamor,
donde les place cobran tributo;
son —ni desdeñan grano ni fruto—
la pesadilla del labrador.

Agil, peluda, la comadreja
sale nerviosa de su cubil,
olfato agudo, cara de vieja,
por los zarzales: tosca madeja,
al gazapillo busca febril.

Cuando retales de gris hilacha
cuelgan las sombras por el breñal,
saliendo, cauto, de su covacha,
el patizambo tejón se empacha,
haciendo estragos por el maizal.

Batiendo alas sobre el rastrojo
un cuervo huye del alcaudón.
Guarda del nido, muestra su arrojo
—¡Oh pelusilla ciega de enojo!—
zigzagueando tras el matón.

Con su birrete —córvido fino—
el arrendajo —¡qué parlanchín!—
copia al milano y al estornino,
también maulla cual un minino:
doctor en lenguas se da postín.

Viendo peligro para su bando
la perdiz roja —¡qué maternal—
rija, cojea, sale rodando,
al escurrirse —¿por dónde?, ¿cuándo?—
no queda pluma por el erial.

El viejo topo, casi cegato,
—es butronista de profesión—
perfora setos y con su olfato
busca las eras de rico jato
donde se nutre como un glotón.

Dos tortolillas, cual terciopelos
con briznas rubias en un ramal,
tremantes gimen soñando vuelos,
mientras su madre cruza los cielos
dando piruetas sobre el riscal.

Ave que irisa solar contacto,
pico tremendo color marfil,
caza los peces con un impacto
al zambullirse con tino exacto
desde la fronda, cual proyectil.

Entre los cirros, siniestro grita,
—as de los vientos— montés halcón.
Viendo debajo rauda *zurita*
—tensos los garfios— se precipita
en un picado de sensación.

Pasota cuco: míster embrollo
¿Hubo tunante mayor jamás?
por evitarse cebar al pollo
insta a su hembra —¡menudo chollo!—
que, en nido ajeno, ponga sin más.

Nocturno caco de las riberas,
negro lustroso, buen saltarín
bajo legumbres y tomateras,
al cielo brinda noches rockeras
dale que toma... con su violín.

Sopor del campo con la calina,
van por el éter: bruñido tul,
como jirones de gasa fina
mientras recorta la golondrina
valles y lomas de mies garzul.

Por el camino de Algodonales
el duende: cuesta con espiral.
montes, ribazos y peñascales
por donde silban broncos zorzales
y surgen liebres del pastizal.

Y verdes, ocres, grises y blancos
dan a sus tierras bello color:
Muelles alberos, hoscos barrancos,
viejos lentiscos pueblan sus flancos
entre romeros de humilde flor.

Que son sus campos de serranía
—de las rapaces hermoso lar—
con su rebelde topografía,
como paisajes de fantasía
por donde el alma sueña volar.

Así, mi Olvera que se decanta
bajo celaje color añil
y de puntillas yergue su planta,
al forastero por siempre encanta
con la majeza de su perfil.

Quien la vislumbra, dice perplejo:
¿Estoy soñando?, ¿será ilusión?
Si por las crestas surge de lejos
y el sol la dora con sus reflejos...
tiene la magia de una visión.

Mas, cuando llegas, buen caminante,
y su castillo ves ante ti,
dime: ¿no piensas, por un instante,
que, con su velo de tul radiante,
quizás te aguarde divina hurí.

¡Adiós, viajero! mi nuevo amigo,
aunque no vuelvas a mi ciudad
—al cielo pongo de fiel testigo—
pues sus recuerdos irán contigo...
preso quedaste de su beldad.

Este poema se editó con motivo
de la celebración del Día
Internacional del Libro y
se recitó publicamente
en la Biblioteca
Pública de Olvera
el 23 de abril
de 2025.

ASOCIACIÓN PARA
LA DEFENSA Y
PROMOCIÓN
DEL PATRIMONIO
HISTÓRICO-ARTÍSTICO
Y NATURAL DE OLVERA

Ayuntamiento
de **Olvera**

Cofinanciado por
la Unión Europea

GOBIERNO
DE ESPAÑA

Fondos Europeos

Junta
de Andalucía

ASOCIACIÓN PARA
LA DEFENSA Y
PROMOCIÓN
DEL PATRIMONIO
HISTÓRICO-ARTÍSTICO
Y NATURAL DE OLVERA

Ayuntamiento
de **Olvera**

Cofinanciado por
la Unión Europea

GOBIERNO
DE ESPAÑA

Fondos Europeos

Junta
de Andalucía